

Para la santa Rusia las guerras exteriores han sido fecundas en cambios, esto es: en progresos de orden político interior. Y ello independientemente de la victoria o de la derrota. Y aun más bien ha sido la derrota, siquiera parcial, lo más fecundo. A la guerra de Crimea se siguió la emancipación de los siervos, por Alejandro II, en 1861, y la creación de los «zemstvos» en 1864. A la guerra con el Japón, en el que este «apareció» venciendo a Rusia—y decimos «apareció» porque la victoria japonesa es cosa hoy de todos sabida que fué más aparente y pasajera que real y duradera, y que el Japón sacrificó vanidosamente las realidades a las apariencias buscando hacer papel— a esa guerra se siguió la creación de la Duma. Y no ha acabado aún la presente guerra, que más que guerra internacional es acaso una guerra civil europea y el coronamiento y ratificación de la gran Revolución francesa contrarrestada luego por la Santa Alianza, y ya Rusia se ha sacudido la autocracia cesarista, fundamento de las alianzas santas con el género de santidad de la susomentada de marmas. Santidad que se reduce a santurronería. La ex santa Rusia, pues, la de la ex Santa Alianza quema sus «iconos» para mirar cara a cara a las realidades civiles.

Ha recibido un rudo golpe el impío principio del derecho divino de los Reyes. Y le llamamos impío no porque no creamos en la divinidad del derecho de la soberanía regia, sino porque quiere hacerla exclusiva. Todo derecho es divino o no lo es ninguno. Tan divino es el sufragio universal como lo es la soberanía regia. Es más: divino fué también el derecho con que Inglaterra, Francia, Serbia, Portugal y otros pueblos juzgaron alguna vez a sus Monarcas. En rigor no es el derecho, sino el hecho lo que es divino. El sol luce para todos, buenos y malos, y Dios no protege más al que llamamos Rey legítimo—¿según qué ley?, ¿y quién la hace?—que a un usurpador o a un tirano.

Rusia ha sabido aprovecharse de sus guerras, favorables o adversas, porque es un pueblo que quiere vivir vida histórica, que quiere crear historia y civilidad.

Lo malo de la autocracia rusa parece ser que era el que había dejado de ser un Gobierno de opinión. Cuando el absolutismo es de opinión pública, el absolutismo se mantiene y se mantienen la dictadura y el poder personal y hasta la tiranía misma cuando responden a un estado de opinión pública. Cuando un pueblo no se percata de cómo se le gobierna o acaso no se cuida de ello, o cuando desea, por espíritu de envidia demagógica, que se le gobierne despóticamente y según aquello de que «del Rey abajo ninguno», entonces el ab-

solutismo autocrático es un Gobierno de opinión. Acaso lo fué en la España calderoniana de Felipe II, nuestro Káiser del siglo XVI. Como era popular y nacional y demagógica—no difemos democrática—la Inquisición, instituto en que encarnaba el envidioso instituto igualitario de un pueblo que no sufría que uno pensara por su cuenta cuando los otros no eran capaces de ello.

Ahora de lo que no nos cabe duda es de que si el mismo Felipe II y los hombres de pensamiento y de acción que en aquella España defendían el absolutismo con toda la política a él aneja resucitasen hoy por arte de magia y se empapasen de nuestro actual ambiente europeo y de los sentimientos y necesidades actuales de nuestro pueblo, desautorizarían a los que más pretendían venerarlos y a los que quieren restaurar, siquiera en parte, sus principios y a los que alaban los procedimientos de hoy, que más se parecen a los de entonces. Como no cabe duda de que si los más inteligentes paganos del siglo de Pericles volvieran al mundo, serían los más fervorosos cristianos hoy.

Lo malo del absolutismo ruso parece ser que no tenía ya arraigo en la opinión pública civil. Lo que equivale a decir que en Rusia, merced a las guerras sobre todo, se iba formando opinión pública, conciencia pública civil. Que es uno de los frutos buenos de las guerras. Menos en España, a lo que parece.

Nos vimos enredados, por la terquedad de nuestra ignorancia y la ignorancia de nuestra terquedad, en una guerra con los Estados Unidos de la América del Norte, y vino aquel famoso desastre del 98, tan fecundo en retórica mala—; que si hubiese sido buena...!—, y aquí dentro no pasó nada y siguió todo, en política, como si tal cosa no hubiese sucedido. Con el sacrificio de la Armada vencible de Santiago de Cuba se logró salvar el desgobernado interior de España. Y Meco siguió muerto y enterrado. Y vióse que aquí hay todo menos opinión pública, política o civil, porque de otras clases, taurina, verbigracia, sí que las hay. Lo que no había, lo que sigue no habiendo en la mayoría de España es civilidad. Después, como antes del desastre, siguió dominando la nefasta escuela castiza de política, de que fué principal pontífice aquel Romero Robledo, que es a quien ante la historia cabrá más culpa de nuestro desastre colonial, aquel pándalo amparador del partido incondicional cubano y de otras incondicionalidades del más bajo pragmatismo político realista. (Realista de... Y como no hay conciencia pública «esa», cosa; no de «rex», rey.) civil la gente emigra que es un dolor. Tiene, pues, razón ten lo que sobre a los «emigrantes del deber»— así titula a su artículo—ha escrito en





«La Lucha», de Barcelona, nuestro amigo Marcelino Domingo, el bravo luchador por la civilidad española, que con resonante triunfo ha obtenido con la orden del señor ministro de la Guerra, para que se inicie la civilización de nuestra zona de influencia en Marruecos. Tiene razón Domingo al sostener que la gente podría emigrar, si, por hambre; pero emigra más aún por desesperación inequívoca por descontento.

«Descontento de todo—dice nuestro amigo—. Descontento de la organización actual, que cree eterna, invariable, siempre la misma. Y que al crearla siempre la misma, le estimula a desentenderse de ella, a abandonar a su mala suerte al país que la soporta. Por esto, el deseo de la emigración está más extendido que la emigración.»

Sólo que Domingo recomienda que se deje el hatillo del emigrante y se coja la espada del luchador. Pero no es la espada, sino una tea encendida lo que hay que coger. Porque la tea alumbraba y lo que aquí hay son espesísimas tinieblas. Luz y no estocadas es lo que necesita la conciencia pública para despertar. Luz, con taquígrafos o sin ellos. Y mejor aún sin taquígrafos, que no necesitan de ellos los testimonios veraces aunque los necesitan las frases pomposas. Sin taquígrafos dió el Verbo sus palabras, que eran luz, ante Pilatos, el que preguntaba: «¿Y qué es la verdad?» No fueron taquígrafos los evangelistas, ni es el Evangelio «Diario de Sesiones» o «Gaceta». ¡Luz, pues, luz!

Bien es cierto que la espada que Domingo pide que esgrimamos es una espada de luz, como la que él esgrime. Y tiene que ser una espada fuerte y recia y dura, una espada de batalla y no un florete de esgrima. No, el florete de esgrima no nos sirve. Y es florete de esgrima la ironía, esa ironía que el Sr. Alcalá-Zamora, en su discurso en el banquete de EL DÍA, nos recomendaba a los publicistas periódicos.

No dudo de la excelente intención que guió al Sr. Alcalá-Zamora, a quien siento no conocer, al recomendarnos el cultivo de la ironía; pero no están ni nuestro país ni nuestro tiempo para el empleo de ese ingrediente. Andarse aquí con ironías es como ir a hacerle cosquillas a un rinoceronte. La ironía no es ya sólo ineficaz, sino que es contraproducente. Suele convertirla en sustancia el ironizado. Ni el humorismo tiene aquí efecto. El que estas líneas traza ha ido alguna vez a una reunión pública a poner al desnudo toda la torpeza de la conducta política de un hombre allí presente, y como tuviese la malhadada idea de servirse de elogios irónicos, y más que irónicos, hasta sarcásticos, lo más del público, que suele ser un rinoceronte, salió llamándose a engaño y creyendo haber asistido a una convenida farsa. ¡Y el ironi-

zado o sarcastizado salió diciendo que había dado el quiebro a un torito!

La ironía, además, sólo pueden mantenerla incólume los que no se indignan. Y aquí hay que indignarse. No somos de los que creen en aquello de que comprender es perdonar. No; muchas, muchísimas veces, perdonar es no comprender. Pudo Cristo Nuestro Señor decir lo de: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen»; pero nosotros, los demás hombres, cuando vemos que alguien no sabe lo que se hace debemos dejar, sí, que le perdone Dios, pero impedirle nosotros que haga lo que no sabe. Y para impedir que hagan los que no saben lo que se hacen, los aturdidos, los desaprensivos, los arbitrarios, los frescos, los cínicos y los hipócritas, no basta la ironía. Hace falta el sarcasmo y hasta la violenta imprecación, como aquellas que empleaba Joaquín Costa, el gran retórico, el de la retórica noble y apasionada.

Querer defenderse con guasitas vivas de las «brujas»—así llaman por aquí a los torbellinos de arena o polvo—es como querer, al modo de Manolito Gázquez, defenderse de la lluvia a golpes de espada.

Miguel de Unamuno.

P. D.—«Ratificación». Escrito el comentario que antecede me entero de que el señor ministro de Instrucción pública y Bellas Artes ha dicho a los periodistas, para que me lo hagan saber, sin duda, que ignora el caso de injustificable destitución de un director de Instituto para poder dar una compensación a un político local, caso a que aludí en mi último comentario. El caso ocurrió durante la actual situación liberal—o a lo menos así llamada, no sabemos bien por qué—en Avila y a consecuencia no de estas últimas, sino de las anteriores elecciones. Y que se ponga el señor ministro, si le place, al habla con el dignísimo señor don G. Hernández de la Magdalena, que fué la «victi-

ma» propiciatoria. Y aún guardo por lo menos dos casos más, análogos y recientes, para exornar el estudio del picarismo electorero español, a la vez que me ocupo en recoger otros. Y como gracias a Dios no soy parlamentario no se me acalla con las convencionales explicaciones que nada explican y que suelen reducirse a escamotear la verdad.

